UN TESORO OCULTO

Pinturas del s. XV en la Parroquia de San Bartolomé de Jaén

Por Rafael Ortega y Sagrista
Consejero del Instituto
de Estudios Giennenses

EL año 1928, al hacerse unas obras en el altar mayor de la parroquia de San Bartolomé, se descubrió detrás del retablo, que en el muro que forma el ábside existían unas interesantes pinturas, borradas en parte, desconchadas y cortadas en otras, a causa de la colocación de referido retablo y del transcurso del tiempo. En los trozos que se pudieron ver, aparecían diez figuras encuadradas por una cinta con inscripción gótica, también deteriorada a trechos.

La noticia fue publicada por el cronista de Jaén, don Alfredo Cazabán Laguna en el número 188 de la revista "Don Lope de Sosa" correspondiente al mes de agosto de dicho año, y en ella se especificaba que las pinturas halladas en la zona visible del muro, "parecen obra de mediados del siglo XV y es de suponer que detrás del primer cuerpo del retablo haya más".

El párroco a la sazón de San Bartolomé, don Pedro Solís Ruiz, dándose cuenta de la importancia del caso, apenas tuvo lugar el hallazgo, ordenó suspender las obras y avisó al presidente de la

Comisión Provincial de Monumentos y Delegado Regio de Bellas Artes. Examinadas las pinturas, se dispuso colocar de nuevo las partes que se habían desmontado del retablo y dejar libre el hueco en que se hallaban, "para su más detenido estudio".

Pero la realidad fue que consolidado el altar mayor, las pinturas quedaron ocultas y su visión imposible, sin la previa maniobra de desmontar varios tableros tallados con relieves del primer cuerpo del retablo.

Aunque durante la guerra de Liberación, el templo de San Bartolomé padeció saqueo y devastaciones considerables, el retablo, maltrecho y mutilado, se salvó y, además, sirvió de protección a las ocultas pinturas de la baja Edad Media que permanecieron ignoradas por los profanadores.

* * *

El retablo mayor de esta parroquia, de estilo renacentista, es muy bueno, elegante en sus líneas y armonioso en el conjunto, obra de mérito y gusto, ejecutada a finales del siglo XVI y comienzos del XVII.

Durante algún tiempo se dijo que procedía de la parroquia castrense de El Salvador, que existió en el recinto del castillo de Jaén. Pero sus elevadas proporciones y perfecto acoplamiento al ábside de San Bartolomé, no concordaban con tal atribución.

La cuestión quedó despejada cuando en el número 48 de la crónica "Paisaje", del mes de mayo de 1948, publiqué un trabajo en el que se identificaba el retablo mayor de San Bartolomé. En los libros de visitas y cuentas de fábrica de esta parroquia, pertenecientes a los años 1556 a 1590 y 1595 a 1622, encontré los datos necesarios.

Se ajustó la construcción del retablo con Sebastián de Solís, entallador de Jaén que estaba reputado como el mejor y más famoso de la diócesis. El precio concertado fue de ochocientos cincuenta ducados y la escritura de finiquito se otorgó ante Miguel de Quesada, el 20 de diciembre de 1582. No se ha podido consultar esta escritura en el Archivo Histórico Provincial, por faltar al Protocolo de Miguel de Quesada los años 1581-82.

Estado actual de conservación de las pinturas murales del ábside de San Bartolomé.

Tallado el retablo, se colocó en el ábside, hasta que en 1610 se bajó para dorarlo y estofarlo, labor que ejecutaron Juan de Quintanilla y Cristóbal Vela, doradores, por la cantidad de 193.568 maravedís y treinta y seis fanegas de trigo en especie, siendo entonces obispo de Jaén don Sancho Dávila, cuyas armas se pusieron en dicho retablo, como puede verse.

El retablo perdió en 1936 las cuatro imágenes de los intercolumnios, que han sido sustituídas por otras antiguas y entonadas con el conjunto, las cuales representan a San Bernardo, San Cristóbal, San Fidel y San Sebastián. También desapareció la efigie de San Bartolomé, que figuraba en el camarín, imagen sedente con vestiduras episcopales, y el relieve del Nacimiento de Jesucristo. En su lugar se puso en el camarín una magnífica talla de San Bartolomé en su martirio, procedente de la extinguida parroquia de San Pedro, y el relieve perdido se ha sustituído por otro de San Francisco de Asís, de muy buena factura, que debió ser parte de algún antiguo y excelente retablo desconocido.

El retablo actual está compuesto por una predela o banco tallado en preciosos bajorrelieves que representan escenas de la Pasión del Señor, como el beso de Judas, la Oración en el Huerto, el Lavatorio y el Prendimiento, así como unas monjas santas y otras figuras alegóricas.

En el primer cuerpo, de orden dórico, aparecen hoy dos relieves : uno el de San Francisco de Asís y el otro del Nacimiento de la Virgen. El segundo cuerpo es de orden corintio y conserva los dos magníficos altorrelieves de la Ascensión del Señor y la Asunción de María, quedando en el centro el hueco del camarín de San Bartolomé. Termina el retablo un ático que lleva un Crucificado muerto, de buena línea, entre los imágenes de la Dolorosa y el evangelista San Juan, y sobre todo ello, el Padre Eterno.

Antes del actual retablo existió otro que al construirse el de Sebastián de Solís, se quitó y fue dado en cien ducados a la iglesia de Sorihuela. Suponemos que sería de estilo gótico, y si se sustituyó debió ser por deterioro y no por pobreza o mala calidad, ya que se tasó en la considerable cantidad de cien ducados. Por indagaciones

practicadas, parece que ya no existe en Sorihuela del Guadalimar, cuya parroquia fue destrozada en 1936.

En obras de restauración dispuestas el año 1961 por el docto párroco de San Bartolomé, don Andrés Molina Prieto, fue preciso para consolidar el retablo del altar mayor, retirar los relieves del primer cuerpo y un tablero central, y entonces quedaron de nuevo a la vista las pinturas murales descubiertas en 1928.

Avisado por la amabilidad del señor párroco, ocudí a contemplar estas pinturas, lo cual resultaba difícil por tener que hacerlo desde los andamios, y en el escaso tiempo que las obras permitían, pero me pude cerciorar de la gran belleza y mérito de las mismas, que son, a no dudar, de las más antiguas y curiosas que se conservan en esta provincia.

Supo Cazabán muy bien catalogarlas, pues es patente que se trata de pinturas del siglo XV, ejecutadas durante los reinados de don Juan II o de Enrique IV, más fácil de este, pues por el atavío de ciertas figuras, corresponden a la moda imperante en tiempo de tan desdichado Trastámara (con acento en la segunda vocal, como se estima correcto en la actualidad por ciertos sectores científicos).

Las inscripciones de las cintas que corren por cima y por bajo de las figuras están ejecutadas en letra gótica, pero no redactadas en latín, sino en castellano, lo que he comprobado con certeza, aunque no pude descifrarlas completas por la dificultad que ofrecía su lectura, y el escaso tiempo que estuvieron descubiertas, pero a mi juicio, y por las palabras entendidas, estimo que narran pasajes de la vida y milagros de San Bartolomé, que es lo que en parte o en su totalidad representan las escenas visibles, pues suponemos con fundamento que tales pinturas continúan tras el segundo cuerpo del retablo, que no se ha desmontado en ninguna ocasión por conservarse en mejor estado que el primer cuerpo.

Veamos ahora la interpretación que estimo más acertada de estas pinturas, opinión que emito con la reserva consiguiente, porque al no poder contemplarlas en su totalidad, es aventurado cualquier juicio.

En el centro del ábside aparece una figura de grandes propor-

Pintura mural que parece representar el bautizo por San Bartolomé del rey Polinier, la reina y su hija.

ciones con vestiduras episcopales que asoma, entre la capa, la mano izquierda, deliciosamente tratada en el hieratismo de su época. Con ella sostiene un libro voluminoso cerrado con dos broches, y del cual escapa una cadena de eslabones que va en diagonal hacia el lado derecho. Faltan los piés a la figura, así como el busto de hombros para arriba, por haber sido cortado el muro en esta parte a fin de abrir el camarín que necesitó el retablo actual, o tal vez el anterior. Creemos que esta efigie representaría a San Bartolomé revestido de pontifical, y que el libro que lleva sería el Evangelio de San Mateo, que según la tradición, llevó a Capadocia para su apostolado. A ambos lados de esta gran imagen hay dos angelitos orantes vestidos con largas túnicas, figuras de extraordinaria elegancia y candor. Los dibujos que adornan la capa del Santo, son de gusto exquisito.

El cuadro de lado del Evangelio representa un obispo rasurado y de noble y dulce semblante, con tiara y amplia capa, el cual sostiene o acaricia cierta figura que parece ser una niña de unos doce años, con halo en rededor de la cabeza. Tras el obispo, a la izquierda, se ve una muralla almenada o torre, sobre la cual hay un pequeño cuerpo con fachada en hastial, en la que se abre un hueco que alberga una campana. A la derecha del obispo, hay tres personajes, familiares o servidores, la primera de las cuales sostiene el báculo. La segunda y la tercera, de facciones parecidas, alzan ambas una mano abierta enseñando la palma de frente. La tercera lleva un sombrero muy típico de la época del cuarto Enrique, y un jubón ajustado a la cintura. Es un conjunto seductor, y apuntamos que pudiera referirse al milagro obrado por conducto de San Bartolomé al curar a la hija del rey Polimio de Armenia, que era lunática y se hallaba muy enferma y poseída por un demonio, pero el halo que rodea su cabeza nos hace dudar de esta solución.

Sería preciso conocer los relatos de la vida de San Bartolomé que circulaban entonces, cuajados de noticias inciertas y apócrifas, para interpretar con más tino estas pinturas, pues de la vida de este apóstol se sabe tan poco cierto que casi es nada, pese a que se

le han atribuído una serie de hechos y milagros que carecen de base fundamentada.

La escena descubierta en el lado de la Epístola es muy curiosa y la que tiene más visos de pertenecer a la vida de San Bartolomé. Centra el grupo una figura que puede ser muy bien la del apóstol y que está de acuerdo con su descripción, tal como se relata en las historias de su vida: "cabellos negros y crespos, el rostro blanco, los ojos grandes, las narices iguales y derechas, la barba blanca, larga y entrecana, la estatura mediana, los vestidos blancos".

En efecto, la pintura representa un hombre de cabellos largos y oscuros, barba partida, hermosos ojos de dulce mirada y facciones venerables. Viste túnica holgada y capa que se decora con motivos muy simples. Todas sus vestiduras son claras o blancas. Entre la túnica y la capa asoma la mano izquierda, pintada con simplicidad y elegancia, y con la derecha, un tanto alzada, sostiene invertido un jarro de asa, en ademán de bautizar a tres figuras desnudas y cubiertas de coronas reales, que sobresalen de una pila en forma de concha, con su pie o peana. Estos personajes reales mantienen las manos unidas en forma orante, y sus rasgos de extraordinaria personalidad, denota que una de ellas es varón y las otras dos, mujeres.

El rostro del apóstol está aureolado de un halo de santidad y tras él se adivinan varias figuras, siendo la única que se conserva aún, la de una dueña o mujer, cubierta con un manto y las manos piadosamente unidas. El conjunto de sus ojos y cejas es de una gran belleza y serenidad.

Esta escena representa, a mi juicio, el bautizo por San Bartolomé del rey Polimio, la reina y su hija, las cuales se convirtieron al cristianismo, según piadosa historia, después de vencer el apostol a un demonio llamado Astaroth que, en forma de ídolo, era adorado en un templo pagano.

* * *

Tal es, en resumen, la descripción de las interesantes pinturas medievales que se han podido contemplar en el ábside de San Bar-

Detalle de pintura mural en el ábside de San Bartolomé.
Parece representar la primera figura, el santo titular.

tolomé y que, cual un tesoro desconocido, se ocultan detrás del retablo renacentista de la vieja parroquia mudéjar.

Conviene no olvidar su existencia, por si con el tiempo se presenta alguna ocasión propicia en que se puedan descubrir por completo, retirarlas por los modernos y perfectos procedimientos que hoy se utilizan, y trasladarlas a lugar adecuado en que puedan servir de recreo y estudio a los amantes de la pintura mural, pues son piezas dignas de aumentar la fama del templo que las posee, ya que cualquier museo les abriría las puertas.